

EXPOSICIONES

ESCULTURAS DE MARINA NUÑEZ DEL PRADO

Escribe: EDUARDO MENDOZA VARELA

Hace varios años Gabriela Mistral en unas cuantas palabras que han quedado también entre las mejores páginas, expresó lo que significaba la aparición de Marina Núñez del Prado en el arte de Latinoamérica. En efecto, no era solamente profética la voz de la gran poetisa chilena al señalar en la artista boliviana a una de las figuras más nítidas y altas de la plástica continental. Precedida de ese prestigio Marina Núñez del Prado abrió su exposición de escultura en la sala de la Biblioteca Luis-Angel Arango, entre el 20 de mayo y el 9 de abril de este año. Cuarenta y tres obras —granitos, maderas, basaltos, ónix— han constituido el complejo de una de las muestras más seguras y hermosas de la escultura entre nosotros. Y decimos entre nosotros, no obstante la nacionalidad de la escultura, porque se trata de una expresión plástica profundamente americana, aunque este tono o esta afirmación de los patronímicos en arte, haya caído un poco en desuso y constituyen, justamente, un argumento negativo para la crítica.

Marina Núñez Prado creció en un medio afirmativo como es Bogotá. Todos los factores naturales, humanos y ancestrales, hacen de aquella zona un lugar privilegiado y esencial en el escenario del continente indígena. Una vitalidad infatigable ha convertido —y ha renovado— en el altiplano de Bolivia los mejores humus de nuestra fisonomía. No es extraño, por lo mismo, que un temperamento tan fuerte como el de Marina Núñez del Prado haya llevado su escultura —de una temática insospechada y universal— a impostarse dentro del espíritu de una raza y de un continente. Desde 1930 —año de su primera exposición en La Paz— hasta su muestra de la Biblioteca Luis-Angel Arango de Bogotá, pasando por las mejores galerías americanas y europeas, la artista boliviana ha llevado su arte en un ritmo ciertamente ascendente y en una tensión cada vez más dinámica.

Resulta difícil comentar una exposición como esta de Marina Núñez del Prado, justamente por el peligro de caer, fuera de todo rigor crítico, en una literatura sobrante, en un glosa marginal de la escultura. Rigor y dinamismo, dulzura sin concesiones, podrían ser algunos de los epítetos que mejor convienen a la obra de esta admirable mujer indoamericana.

Porque en cada una de esas obras —piedra o madera— predomina un ahorro absoluto de la materia, un empleo casi milagroso del espacio, un pacto misterioso entre el volumen y el aire. En una etapa como la actual, en que el abstraccionismo busca en la plástica, afanosamente, una nueva conquista —que, si bien se mira, parece exánime ya— el retorno a lo figurativo, dentro de aquel ahorro deliberado y aquella agradecida sobriedad, nos reconcilia con un arte que también, superadas tantas búsquedas y resquemores, parecía exilado. Para Bogotá y para el país, la exposición de Marina Núñez del Prado, es un aviso, un llamado, y no meramente un estupendo acontecimiento de nuestra vida cultural.

Un llamado, sobre todo, a la disciplina, al combate que el artista debe sostener en el proceso creativo, y que en nuestros días hemos olvidado frecuentemente. Ahora se modela más que se esculpe. Y eso no está bien. La delicia de la materia, su resistencia a la conquista fácil, se paga con el logro irremplazable que se muestra en estas figuras de granito, de ónix, de madera: en estas obras que perdurarán contra los estragos del tiempo. Eso lo sabe todo gran artista, todo creador pundonoroso, y así lo comprende Marina Núñez del Prado. Buscando los bloques en las canteras de su altiplano y en los lechos de sus ríos, siente el alborozo del encuentro y tal vez por eso, sus figuras conservan también el esplendor cósmico de su origen.

Sería menester insistir en esta escultura figurativa, llena de sugerencias y de insinuaciones. Una línea continuada, segura y feliz, sin titubeos, sin incursiones a modas, señala el camino de Marina Núñez del Prado. Título suficiente para testimoniarnos aún más, cómo estamos frente a una personalidad, a un temperamento, a una voluntad creadora. Sería injusto desconocer que en la plástica abstracta ha habido una intención purificadora. Pero por una de esas frecuentes contradicciones del azar, la pintura y la escultura, al huír de las acechanzas literarias del tema, o de las complacencias psicológicas de fácil acceso, recae en una representación metafísica de otro tipo de literatura, no por confusa más aceptable. En efecto, al pretender eludir el sicologismo inherente a la representación de figuras, se encierra en los vericuetos de un autosicologismo, como si para la pureza plástica tuviera mayor valor la representación gráfica del espíritu de sus autores que la de sus modelos.

La escultura de Marina Núñez del Prado está por encima de todas esas eventualidades. Quienes tuvieron la suerte de entablar un diálogo con esa obra en la sala de la Biblioteca Luis-Angel Arango, saben perfectamente que el mensaje de un artista auténtico, sobrevive a todas las contingencias y a todas las disputas del momento. De ahí su perennidad y sus valores intemporales.